



El Obelisco

CIUDAD DE MÉXICO

Fuga
Jorge Othón Gómez-
Martínez

*Ciudad de todos,
ciudad de nadie*
Nicolás Cuéllar

*De ciudades y
recuerdos*
Fernanda Toral

SUPLEMENTO CULTURAL DE *El Supuesto*
Periódico de los alumnos del ITAM

7

Director de *El Supuesto*

Juan Carlos Salamanca

Directora de *El Obelisco*

Fernanda Toral

Director de Diseño Editorial

Luis Felipe Curiel

Asesores Editoriales

Jorge Othón Gómez-Martínez

Pedro Sánchez Rodríguez

Director Administrativo

Alejandro Díaz Herrera

Community Manager

Roberto Buenfil de la Barreda

Corrección de Estilo

Ruth Flores

Juan Martínez-Parente

2

Consejo Consultivo

Javier Martínez Villarroya

Rodolfo Vázquez

Miguel del Castillo

obeliscocultural.com

elobelisco@elsupuesto.com

@ObeliscoCultura

EDITORIAL

Como chinampa en un lago escondido, la majestuosa Tenochtitlan vio asombrarse a los conquistadores españoles. Buscando la aventura y las bondades de una tierra desconocida, se encontraron con el esplendor de un imperio, con el clímax de una civilización. Sus calles llenas de comerciantes, sus imponentes pirámides y su ajetreado ambiente, no tenían comparación. En su centro, alzándose imponente, era testigo de los cuatro horizontes el Templo Mayor, y en sus alrededores, entre el bullicio de una lengua desconocida vestían de oro y plumas los anfitriones que abrirían sus puertas a la que sería una mezcla única de culturas. Casi cinco siglos más tarde, la ciudad tiene otro nombre, otra cara. Ya no gira en torno a un imponente templo, ya no viste de oro ni plumas, ya no es desconocida, pero sigue majestuosa.

Si las calles de esta ciudad hablaran, nos contarían las historias de la Güera Rodríguez, del porte de su Alteza Serenísima, de los paseos en la Alameda de Obregón y Calles, de la muerte del primero en manos del segundo, de la puerta de San Ildefonso, de una matanza que no se olvida, de un despiadado terremoto y el resurgir de un pueblo solidario, de una nación única. Hay tantas historias y tan pocas palabras. Chava Flores nos cantó sobre las vecindades, los ruleteros, las pulquerías. Fue testigo, junto con esta ciudad, del amorío entre una sirvienta y un albañil, de la desdicha de un abandonado, de las fiestas de barrio, de los bautizos, los quince años y los funerales, de las historias que no le pedimos a las calles que nos cuenten, pero que ellas presenciaron.

Pero el pasado, pasado es, y hoy las historias se siguen escribiendo día con día. Hoy, una mujer se volverá madre, un estudiante se graduará y dos enamorados se besarán por primera vez, todo bajo el abrigo del cemento y el metal. La ciudad los observa, los ha observado desde que llegaron, no importa cuándo, no importa cómo, pero les ha acompañado todo el tiempo, los ha vuelto parte de ella y a su vez, se ha vuelto parte de ellos. La ciudad les pertenece, nos pertenece y le pertenecemos.

Los que aquí vivimos, ya no nos detenemos a asombrarnos con su magnificencia. Nos es cotidiana, nos es común. Estamos tan acostumbrados al castillo en la montaña, al templo en ruinas, al folclórico mercado, a los deliciosos tacos, que hemos olvidado lo únicos que son. Somos afortunados de que esta ciudad no ha olvidado lo únicos que somos nosotros. Nos quiere, y aunque ya no nos asombre, sabe que también la queremos. No es cualquier urbe o metrópoli, es la nuestra. Es nuestra Ciudad de México.

ÍNDICE

Ciudad de México

- (3) Ciudad de todos, ciudad de nadie
- (4) De ciudades y recuerdos
- (5) Acaece conmigo
- (6) Fuga
- (8) Un lugar en la banca
- (9) Me cuentan historias de 1960
- (10) A 21 de noviembre de 2014
- (11) Lo que viene siendo
- (12) Viaje

Reseñas

- (14) Interstellar
- (14) Mommy
- (15) Y hasta aquí
- (15) La cabeza de Villa



Imagen de portada: Pablo López Luz, foam.org

CIUDAD DE TODOS, CIUDAD DE NADIE

Nicolás Cuéllar

Llegué a la Ciudad de México asustado de que nadie se percatara de que estaba aquí. Recién me bajé del avión y comprendí que no conocía mi país. Al transitar por una calle que no identificaba el porqué bifurcaba en dos distintos ríos, el paisaje temo decir era aterrador. Cemento, horizontal, vertical, suspendido, en segundos y terceros pisos, más y más cemento. Era como si el sol nunca te pudiese tocar la cara, como si la ciudad viviese en un clima en constante deterioro, pero no, me enteré que siempre ha sido así: un calor que no desgasta, un frío que no endurece, y vaya que es una bella metáfora.

Ciudad de todos, ciudad de nadie, es la capital de México. Donde la experiencia que uno adquiere fuera se convierte en mero recuerdo de estantería, en regalo de vida, mas no en una herramienta de supervivencia. Nada de lo que uno importe se comparará al precio que se solía vender en otros lares. Los códigos son distintos, la convivencia es forzosamente incesante, y a veces no tienes tiempo de pensar ni a dónde estás caminando, ni cómo, ni por qué.

Crees que si murieras en una banqueta nadie se daría cuenta hasta que los perros comenzaran a ladrar por tu descomposición. Luego los perros acabarían siendo sacrificados en alguno de los miles de puestos de comida que hay en las banquetas secuestradas por la desigualdad y el infinito mercado de bocas hambrientas que representan.

El ciclo de vida en la ciudad no es ajeno al de la sábana. El más fuerte es aquel que puede parar el tráfico con motocicletas

que olvidan las reglas, mientras portan la insignia que las ampara; el más débil es aquel que es devorado por los horarios de una oficina que, no ajena a la producción en cadena, deteriora la creatividad del alma; el que a nadie le importa es aquel que mantiene funcional a una ciudad en la que sus gobernantes descifran la forma de volverla mínimamente habitable; metrópoli donde más personas creemos habitar.

Pero al final, ya que te vuelves parte del reloj enjuicioso que nos avisa cuanto tiempo tenemos para llegar a nuestra casa, y no cuánto tiempo deberíamos hacer dada la distancia, podrás contemplar las maravillas que conviven íntimamente con las desgracias. Hasta ese instante te llenarás de esperanza y felicidad en una ciudad donde la competencia es mayor, pero las ganas de salir adelante también lo son. Donde la oferta cultural y de ocio es tan grande que necesitarías turnarte la vida con alguien para absorberla por completo.

Esta también es la ciudad de todos, ciudad de nadie, ciudad que pareciera todos defendemos, ciudad que te acoge por gente que entiende que el ser servicial no es lo mismo que servil, pueblo que se fue mezclando con todas las identidades nacionales y logró consolidarse en una sola. Megalópolis peculiar, lugar de grandes encuentros, llena de estanterías con personales recuerdos.

Extracto del libro del autor, Estenógrafo del sentimiento, recientemente publicado.

3



DE CIUDADES Y RECUERDOS

Fernanda Toral

Abro los ojos. Comienza mi día. Es sábado y estoy sola en mi cuarto del departamento. Mi hermana, que vino de visita, irrumpe en la recámara para despertarme. Me dice que sabe que casi ni he dormido, pero que se hace tarde. Maldigo mi incapacidad de quedarme en casa tan sólo un viernes por la noche. Mi cuerpo me reclama lo mismo mientras cae el agua caliente de la regadera.

Ahora estamos en el carro. Escuchamos la música de mi hermana a todo volumen mientras ella guía mi coche un tanto temerosa. Nunca ha manejado en la Ciudad de México y me ha pedido probarlo antes de que nos encontremos con mi papá para desayunar.

Después del desayuno acordamos el itinerario del día y los tres nos encaminamos hacia San Ángel. Después de estacionar el coche, caminamos sobre el empedrado. Acercamos nuestros pasos hacia los puestos del Bazar del Sábado. Sonríe inevitablemente, como siempre que lo hago en ese lugar. Nos perdemos entre espejos, artesanías y cámaras viejas. Mi papá camina sin mucho interés mientras nos rodea un murmullo general que no habla precisamente español. Mi hermana se distrae viendo anillos y collares. Yo me acerco a los cuadros y pierdo la mirada en el pequeño local donde sirven té al que alguna vez él me llevó. Pienso que nunca escribimos esa historia juntos.

Regreso la mirada y los pensamientos y veo que mi hermana y mi papá no están tan lejos. Los espero. Mi hermana afirma que comienza a tener hambre. Decidimos dejar el coche donde se encuentra y caminar hasta el metrobús en Insurgentes.

Nos bajamos en Álvaro Obregón y yo respiro profundo. Los quiero guiar al centro del camellón, a un restaurante al que también fui con él alguna vez, pero eso ellos no lo saben. Nos adentramos en la calle. Pero antes de que logremos siquiera acercarnos a donde quiero ir, mi papá se para en seco. Decide que el restaurante frente a él es donde comeremos. Hay una lista de espera, pero mi hermana no tiene reparos. Yo decido no insistir.

La espera se alarga. Le digo a mi hermana que quiero mostrarle algo. Le prometemos a mi papá que no nos tardaremos y le damos la vuelta a la esquina. La guío a través de esas casas de fachadas antiguas hasta llegar al lugar indicado. Le enseño mi casa. Le muestro esa casa vieja y abandonada que parece más imán que edificio por cómo me atrae a ella. Mi hermana me observa cuando le cuento que escucho susurros ininteligibles de esa casa que me quiere contar su historia. Me ve con la cara de los que oyen pero no escuchan. Pienso en él y me convengo de que mi casa también intentaría hablarle y contarle historias. Se hace tarde y le regalo una última mirada a aquel misterio.

Regresamos al restaurante y por fin nos sientan. Desde la ventana veo a la gente pasar caminando y en bicicleta. Mi hermana pide un refresco. Mi papá y yo bebemos mezcal. Hablamos de que falta poco para que mi hermana entre a la universidad. Nos emocionamos por el tema. Cambiamos de conversación. Le

cuento de libros, historias y otros universos mientras mi papá se queda callado.

Cuando llega el postre, mi papá nos habla de cuando él y mi mamá fueron juntos a Europa. Noto que ahora ha cambiado el pronombre en su relato y que habla ya en la primera persona del singular. Desvió la mirada en la calle donde cruza una pareja paseando a su perro y me pregunto si todas las historias terminan así. Decido que prefiero la ficción a la realidad y surge el deseo en mí de cambiar papeles con aquel viejo que se encuentra leyendo un libro en la banca junto a la fuente.

Nos encontramos de nuevo en el metrobús. Mi papá nos pregunta si queremos ir a algún otro lado. Propongo la Cineteca y mi mente viaja al último piso del estacionamiento de ese edificio. Lo recuerda de noche y con un poco de lluvia, la vista de la ciudad cubierta a medias por las enormes letras que nombran el lugar donde nos encontrábamos. Rápidamente mi hermana descarta la idea. Argumenta que tengo gustos demasiado raros para el cine y que ya está muy cansada para cualquier otra cosa. Yo me encojo de hombros.

Estamos de nuevo en casa. Mi hermana y yo terminamos de ver una película. Ya tiene rato que mi papá se fue a su departamento. Mañana iremos al Centro Histórico. Me doy cuenta que estoy más cansada de lo que pensaba. Me voy a mi cuarto y termino de leer un capítulo de Murakami. Le dedico un último pensamiento a él. Apago la luz. Cierro los ojos.

4



ACAECCE CONMIGO

Gerardo Orantes

Acaece, acaece conmigo.
No entregues tu cuerpo al esternón vacío.

Cinzel y piedra,
manos vivas que se alcanzan,
no te llenes de sombra,
no te embriagues de luz

Atiende los enviones de mi pluma,
sus premuras y sus comas,
su violencia y sus silencios,
y que de mi mano en tu vientre nazca mi poesía.

Sé la gota gorjeante,
la línea caprichosa,
el delirio, sé mi sangre,
no te vayas.

Acaece, acaece conmigo.

FUGA

Jorge Othón Gómez-Martínez

Hay cortinas cerradas; siempre cortinas cerradas. La vida privada, hurgándose en sí misma. No obstante, de repente, cae la noche. Se prenden las luces y alcanzas a observar, desde la ventana de tu diminuto departamento, la vida ajena. Breves movimientos —sombras alebrestadas— comparecen sobre las persianas. Ves televisores, closets abiertos abrazando prendas de todas composturas, niños correteándose. La vida, misma que parecía un marasmo interminable bajo la mirada del sol, en la noche se torna cian, magenta, amarillo y todo su espectro de combinaciones.

Linda paradoja.

Caminé por Nuevo León, un sábado por la madrugada, pensando que ahí el grito de los ebrios resplandecía con más furia que en otra parte. Me equivoqué: el grito es el mismo; la angustia es gregaria, posiblemente. Todos, al unísono, inhalando alquitrán, abandonando colillas en ceniceros trufados de lo más orgánico: muerte. Igual sobre las aceras, bocanadas de mujeres encinta, drogadas, con abortos que aún no tienen. No importa. La mezquindad de la vida siempre se comportará de la misma manera, con sus aciagos modos. Caminé varias horas, sabiendo que estaba lejos de casa. Sabiendo, también, que una madre acongojada por mi porvenir se cruzaba de brazos en un departamento en Santa Fe, esperando una llamada: un sordo grito de supervivencia. Y yo, amedrentado por mi ciudad, esta ciudad pecaminosa y nocturna, donde de día la gente mantiene una compostura ajena a nuestra naturaleza y, de noche, nos asfixiamos de vida, buscando en otros ojos la verdad.

Crucé Insurgentes y me aventuré por Álvaro Obregón. Beodos aún transitaban estas aceras de colillas y fluidos viscerales. Eran las mismas caras, con distintos atributos, genuinos accidentes. De alguna manera, los mismos bares, las mismas letras iluminadas, las mismas pláticas sin trascendencia en locales con mínimas diferencias, sobre todo en las intenciones lascivas que cada sillón ostentaba, cada palabra mal articulada, cada mentira enhebrada. Seguí, casi con la culpa que carga un traidor anónimo deambulando entre su camada, volteando con los ojos de la experiencia —los años sucios— y conjeturando, como cree Juan Villoro, la ciudad. Vi la indiferencia y la hipocresía; el ataque nervioso del alcohol y sus fieles militantes; los vómitos en las calles aledañas y las manos velludas rozando las piernas de la infidelidad. Finalmente, a nivel personal, la ciudad es una suma de conjeturas. Inferí, entonces, a modo de propio vaticinio, las sábanas blancas que esta noche me cubrirían del frío. Y sus tersos brazos, también.

Torné en Jalapa, no sin antes pasar junto al Limantour y escupir en su puerta. Estaba decidido a ir hacia su casa. Caminé en dirección al Covadonga, buscando disertaciones intelectuales con borrachos igual que yo, pero con más premios

y palabras publicadas. Los encontré, dormidos sobre las mesas mientras balbuceaban prepotencia y los meseros figoneaban sus carteras, y sus ideas. Tuve arrepentimientos, abortos en mis ojos. Salí asqueado, vomitando. Recordé los copiosos y gemelos personajes de Bukowski. Por un momento, era uno de ellos. Por un momento sentí la apremiante necesidad de comportarme como tal, de ser un mujeriego a pesar de su muda presencia, de su pelo chino —ese desmadre en su cabeza— ondeándose con vehemencia en un rincón de los recuerdos que recientemente había destinado al olvido; nuestro nulo compromiso que estribaba en una complicidad meramente lingüística —amorosa, quizá— mas no carnal, no normal. Nuestra nada donde conviviámos. Fue sencillo, supongo. Soltar las manos, los versos aún no escritos, dejarla caer por un barranco donde se encontrara con mi amigo y le besara sus piernas. Mis textos tan Saldaña París.

Me limpié la boca, todo este vómito. Distinguí rastros de bilis en él; calme mis ensañados pensamientos y cesó el ardor en el pecho. Levanté la cabeza, acomodándome el suéter a la par que sacaba un cigarro y lo encendía con la mente fija en la remembranza del primero, mi primer (pseudo)tabaco: siempre condené ese momento. Teníamos escasos doce o trece años; cursábamos las postrimerías de 5° de primaria. Ricardo y yo manteníamos una relación de amistad cercana, de aquellas que pueden medrar gracias a la cercanía de las casas y la misma escuela. Un día cualquiera, después de nuestro entrenamiento de fútbol me invitó a jugar algún videojuego de moda que, francamente, no recuerdo. Una vez en su cuarto, volteé misteriosamente preguntándome si había fumado alguna vez. Yo, de entrada, no supe qué contestar, un nervio recorrió mi espina dorsal mientras procuraba continuar siendo —o por lo menos mantener la máscara de— el niño bueno que hasta ese día me caracterizaba. Vi mi vómito a un lado y sentí el alcohol en la sangre; bebí arrepentimiento. Dije que sí como dice que sí la gente que aún no ha vivido, que anhela sentir. Bajamos cuidadosamente a la sala majestuosa que resguardaba su casa en algún recoveco de San Ángel, hoy techo de otros pecados. Abrió un cajón, propio de un mueble con más uso que años, y entre un par de movimientos horizontales extrajo una cajetilla de cigarrillos mentolados; Benson, claro. “Toma uno”, espetó. “*Son de mi mamá.*” Recuerdo haberlo cogido e, inmediatamente, me traslado a su balcón, tosiendo con estrépito flemas a un coche guinda que reposaba sobre el empedrado. Mi primera bocanada. Mi primer beso con la muerte.

Comencé a mover mis pies, tras un fuego ineluctable en mi entrepierna, buscando el olor de Graciela, la flor punitiva. *Oh, López Velarde lo tenía tan claro en cuanto a esta enajenación por la mujer*, pensé. Estaba a una cuadra de ella, mas se interponía la insigne Plaza de Río de Janeiro; fue imposible no dedicarle unos minutos. Rebautizada por Vasconcelos en 1922 después de pasar por nombres más comprensibles como Parque Roma y Parque

Orizaba, el jardín encementado esconde en su centro un trasunto del David de Miguel Ángel, erguido y desnudo, procurando la seguridad del lugar desde su posición única y a la vez ubicua, para todo par de ojos. Así me sentía: erguido y desnudo. Me había marchitado ya de proferir las más preciosas palabras de amor, por ello lo erguido, sin embargo, simultáneamente –ahora lo comprendo– me desnudé en el camino. Y, curiosamente, todos rehúyen a la desnudez si no se muestra debajo de una sábana y maniatado a un acuerdo tácito, a más palabras que vuelan con las hojas y el viento. Caminé con mi desnudez metafórica a través de la plaza. Rocé con mis dedos, ya poco sensibles, el agua diáfana de su fuente. Me acordé de mis padres, de mis primeros sueños –ya muy lejanos a estos– y sus miles de repercusiones inhumanas que había franqueado, afortunada o desafortunadamente. Sentí, por primera vez en la noche, el frío colarse entre las telas de mi ropa. Resolví, aún algo dudoso, dejar de vagar y encaminarme al departamento de Graciela.

Estaba ahí, el edificio. El icónico Castillo de las Brujas. A veces creía, con auténtico fervor, que lo único que me ataba con esta mujer era la plúmbea presencia de su edificio, su aura literaria: fue locación novelesca, techo de grandes palabras, tanto para Pitol como para José Emilio Pacheco, en *La danza del amor* y *Morirás lejos*, respectivamente. Más que su cuerpo, de dimensiones cercanas a esta perfección de la juventud, era la estructura –la rareza, más bien– de esas paredes rojas con un toque derruido bastante singular. Insisto, su cuerpo literario.

Toqué una vez y, casi en automático, se me cedió el paso al zaguán. Comencé a subir las escaleras, nervioso, acariciando con lujuria el barandal. De brinco, estaba en su puerta. De un roble precioso, se sostenía. Giré la perilla, estaba abierta. Sacudí mi cabeza al verla posar desnuda sobre una cama sin sábanas y recordé, en seguida, nuestra primera noche, varios años atrás. Yo era un niño, todavía. Comenzaban mis inquietudes por las letras poco antes de poder, incluso, tomar libremente en este país. Nos habíamos conocido, muy a la Bolaño, en un taller de poesía. De ahí, todo había fluido como fluyen los ríos antiguos, con cauce y fin determinado. Noche tras noche pernoctaba desnudo, mas aún con mis palabras, bajo ese techo de escombros poéticos. Nuestro primer encuentro dio comienzo a una era, estoy seguro. La miraba igual, con esa pose serpentina, barroca y deliciosa, incitándome con su dedo a romper, de tajo, las sábanas con las que se escondía, con las que yo,

obligado, conjeturaba su cuerpo húmedo dibujándolo de mil maneras: un caleidoscopio lascivo. De otro brinco, estaba en su cuello. Lo besaba y lamía pensando en mi primer cuello; oliendo su aroma, acariciando el calor de los recuerdos mientras ella gemía y pretendía buscar, con movimientos horizontales, en el cajón principal de su buró –un mueble con más años que uso– un condón furtivo. Permaneció así, furtivo. Los gemidos ganaron y sus manos me abrazaron, me arañaron con un brío febril la espalda, torso y pecho a la par que mis manos sacudían con enjundia sus pezones, ya montes elevados, y jugaba inquieto con el vello de su pubis. La monté como López Velarde describía al poeta José Manuel Othón, mi difusa ascendencia: “*Cuando Othón llegaba a San Luis Potosí, con su cabeza a rape y embutido en los hombros, contemplábamos su marcha, sobrecogidos como párvulos ante una fiera suelta*”.

Retorné. Estaba encima de mí, gimiendo como la primera vez. No había vello mas sí montes elevados; qué bellos montes, he de decir. Se retorció como ostra en limón mientras hacía todo el esfuerzo por apretar y empujar mis gritos; *caricias guturales*, decía, gritaba. Concatenaba frases totalmente ininteligibles mas en un momento de espasmos subversivos; no había sentido, mas cundía el sentimiento. No había rasguños, mas acariciaba suavemente las cicatrices de sus uñas en mi espalda, torso y pecho. Gemía con una dulzura, la flor punitiva. La perversión en sus principios gradualmente transfiguró en un cariño más fraternal, un fino bramido de pareja. Lo advertí, súbitamente, y abrí los ojos: dejé de sentir. La apreté fuertemente de la cadera como incitando una separación y volqué mi mirada hacia otro lado. Sobre la persiana, la luz tenue de su lámpara en el buró reflejó nuestras sombras alebrestadas: los colores de la noche.



UN LUGAR EN LA BANCA

Ana Sofía Toral

Nicolás caminaba sin rumbo por las calles de la colonia Roma en la Ciudad de México. Tenía la vista borrosa por sus lágrimas y la lluvia que caía esa tarde. No le molestaba mojarse, era de los que le encontraban cierta belleza en las tormentas. Lo veía como un momento poético, para buscar inspiración o bien, despejar la cabeza. Hoy era una ocasión diferente; caminaba para recordar. Regresaba a los tiempos de luz y claridad donde Lucía lo acompañaba en sus largas caminatas, como la de aquel día lluvioso.

Siguió caminando hasta toparse con aquella banca en el Jardín López Velarde. Había pasado tantos días sentado en ese lugar junto a Lucía. La recordaba ahí; sentada haciendo garabatos de algún personaje que le había llamado la atención. Siempre tenía la misma expresión de concentración; sus cejas fruncidas, la boca entreabierta y los ojos moviéndose rápidamente tratando de plasmar todo en el papel. Al alzar la vista y ver que Nicolás se aproximaba su mirada cambiaba, Lucía dejaba sus bocetos a un lado y una sonrisa se formaba en sus labios.

Nicolás sintió un gran vacío al encontrarse con esa banca desocupada por primera vez. Se sentó en el lado que le correspondía, vio al horizonte y comenzó a analizar a cada persona presente, algo que Lucía habría hecho si estuviese ahí. Bajó la mirada y dejó que la lluvia lo empaquara más de lo que ya estaba. Cerró los ojos para impedir que más lágrimas salieran de ellos.

•••

Sentada al fondo de un pequeño café con un libro en las manos, Lucía no se había percatado que había alguien viéndola desde lejos. Tenía la misma expresión de concentración como cuando se decidía a pintar. Pasaron horas hasta que Nicolás se hizo del valor para hablar con ella.

—*El viejo y el mar*—dijo él.

Lucía alzó la vista para ver a un joven de unos veinte años, con barba de días y camisa de cuadros. La confusión se mostró en su rostro, lo que hizo que Nicolás se repitiera a sí mismo.

—Es uno de mis favoritos, *El viejo y el mar*. Lo he leído por lo menos veinte veces. Hemingway es realmente un genio.

Ella sonrió por el comentario de aquel joven.

—También es uno de mis favoritos. Le encuentro un gran encanto a la simplicidad. Cómo toda la historia se trata de un viejo que va a pescar al mar.

—Soy Nicolás—dijo tan pronto ella terminó de hablar. No había conocido a alguien que pensara lo mismo de su obra favorita que él.

—Yo me llamo Lucía.

Se veían cada día en el mismo café, a la misma hora. Hablaban de literatura, música y comida; placeres que ambos compartían.

Los cafés se convirtieron en cenas, en paseos por la ciudad, en películas en el auto cinema y en obras de teatro. Disfrutaban de la compañía del otro, se encontraron creando su propio mundo.

•••

Nicolás abrió los ojos para encontrarse con esa lluvia que parecía no tener fin. No quería levantarse de esa banca, pensaba que al hacerlo dejaría atrás algo que no quería abandonar. Esperaba un no sé qué que le dijera que las cosas iban a cambiar, que estaba soñando y que pronto iba a despertar. Pero nada sucedió. El sol comenzó a descender recordándole que tenía que seguir adelante, porque este mundo no espera a los mortales. Buscó la risa de Lucía, pero al no obtener más que silencio, terminó por levantarse.

•••

Caminaban por la colonia Roma disfrutando de las calles repletas de historia y hablando de temas sin importancia. Se toparon con un parque, siguieron su caminata sin pensar en ningún destino. Fue ahí cuando encontraron la banca; Lucía se sentó.

—¿Sabes? Mi papá siempre dijo que cada persona tiene un lugar en el cual se siente en completa paz, un lugar para buscar calma e inspiración. Un lugar seguro. Creo que al fin encontré el mío.

Ambos permanecieron en silencio contemplando los árboles. Nicolás continuaba meditando las palabras de Lucía, intentando encontrar su significado, cuando ella posó su cabeza sobre su hombro. En ese momento lo comprendió. Él también había encontrado su lugar seguro.

•••

Siguió con su paseo por la colonia que los dos adoraban. Nicolás sabía que era tiempo, que ya no podía aplazarlo más. Dio la vuelta y se adentró entre calles y callejones. Ahora sus pasos tenían destino, un lugar al cual no quería llegar. Lo vio como una eternidad, pero sólo había pasado media hora cuando por fin llegó al cementerio. Sus pies avanzaban por él, que se encontraba en otro lugar. Ahora cada paso que daba lo alejaba más de su vida, la que quería recuperar. Nicolás encontró al ataúd y a la gente que lo rodeaba, pero se mantuvo callado. Matías y Emilio, parados a sus espaldas, murmuraban palabras de consuelo. El padre daba la misa mientras los familiares se despedían de uno en uno. Nicolás lloraba en silencio, las voces de la gente cada vez más lejanas. Cerró los ojos por última vez y vio a Lucía con esa sonrisa que tanto amaba caminando frente a él hacia su banca adorada. Pero ella ya no estaba ahí, ella y todos los recuerdos a su lado se encontraban dentro de ese ataúd. Y mientras este bajaba al subsuelo, Nicolás se despidió por última vez de Lucía, de ese espacio en la banca y de su lugar seguro.

ME CUENTAN HISTORIAS DE 1960

Daniel Flores Álvarez

Que en Insurgentes se podía jugar fútbol
y que los carros no pululaban.
Que las señoras traían sus bolsas
y los caballeros sus sombreros.
Que no robaban las primeras
y los últimos volaban como zopilotes.

“Todo tiene su encanto”, me dice.
Con las damas que subían en los camiones,
¿quién no se iba a levantar?

Que el parque de los señores de
las lagunas hidalguenses se volvió
el World Trade Center y que, en Dakota,
las canchitas explotaron en demografía.

Crecimiento urbano, decremento humano.

Mantos acuíferos y corales secos;
ríos entubados que no pueden respirar
ni tocarse con el cielo.
Rescaten el agua fluyendo: La Paz y Churubusco.

Que hubo proyectos y todos fracasaron.
Que cambiaron las cosas y,
la idiosincrasia: perenne.

“Hay que estudiar”, murmura.

Los trenes del segundo nivel no chocan
con los del primero, pero ocupan el mismo lugar.

Concesión de mil amores,
que siga la contaminación.

“Lo que empieza mal,
mal termina”:

germen de corrupción,
emergente ulceración.

¿no que era diferente en 1960?

A 21 DE NOVIEMBRE DE 2014

Paul Gregory Earle Ocampo

Escenario: Pacífico y Miguel Angel de Quevedo, no hay nada que lo indique, pero serios recuerdos en Chimalistac o Patriotismo para confundir al puesto estratégico de jugo de mandarina y los teléfonos de monedas. Cuatro cuadras, el piso rojo y el cielo adentro para ver los árboles. Ganas o pierdo, a veces se logran ver las montañas. El casco que ofrece curvas perfectas que existen en ella. Espanto y gracia, gloria, sicalipsis. Superficie blanda, casi alfombra. Siluetas esparcidas por el ritual. Gregaría. Genio entorpecido por tanta vida, entumecida por normalistas y senadores, casas y relámpagos que no siempre truenan. Ya casi llegas al hielo que apenas la sangre percibe, canto grueso, miseria y enfermedad. Bares y bailes. El retorcido y leal, un puente que tiembla, un juego oscuro de cartas y dados que involucra demasiado balcón y cerveza. Lanchas sobre la última calidad del agua que querriamos para nuestros hijos. Calma alta desde el otro lado.

Le pido a la ciudad que no me mienta. Como era de esperarse, no responde o no responde con palabras. Me deja en un limbo, ella no duda, se necesitan palabras para mentir. El sol apenas esquiva un par de edificios en frente; las arterias, de tantas cosas, atraviesan imperceptiblemente sin alterar del todo mi posibilidad de estar sentado. Líneas: metro, luz, drenaje, teléfono, cocaína, calles, vestidos, revistas, velorios.

El elevador, como casi todo en tí, está descompuesto, escalera inservible: arrastrándose hasta el piso 17 con cuatro cajas de cartón que logró manipular. Púdrete, ojos negros, me voy y

regreso. El día en que me muera tal vez comprenda la fatiga de tener que siempre volver a tí. Que no nos conocimos a tiempo, pero que el bosque dejó de tener árboles para lograr simpatía y nostalgia. Subversiva, pato en el horno, desayuno. Concreto roto y miedo a la periferia. La manija que no cede y las llaves derritiéndose. El espectáculo que es la luz en su mejor postura, únete. Se hace tarde. Buenos días, grita desde otro estado de conciencia, el encuentro con el aire, *Buenos días, Ciudad de México*; ese adicto tan contento en un puente del Periférico saludando a toneladas de coches que atraviesan tus pobres venas para juzgar y contratar porque el reloj procura marcar la misma hora para todos. Sólo que no has dormido en mucho tiempo y necesitas un descanso. No lo hagas, si te llegaras a dormir te queman, bella insomne, vana musa que le sigue jurando a santos macabros y delgadas pasarelas de carne cruda y mugre. Tantas uñas que se han raspado con la puerta, tantos dedos y su grasa *natural* al tantear tus chapas.

Sabe que es su sala, pero no está del todo de acuerdo. El río no encaja. Debe ser el tapete, por todas las flores que te hemos dejado para el otoño y nos respondes con odio y hastío. Siempre cruel como dama exitosa de aquellos años dorados que tuviste o que sigues teniendo pero que no vemos porque nuestra brutalidad es semejante a la de la puerta azotando, el cadáver que aún respira se trama las agujetas con las líneas de las baldosas para chillar *Buenos días, Ciudad de México*. Por qué ese engendro. Gutural maniobra para ambos pisos y las fuentes. Un recorrido por Celaya.

Encuentra la cama, después del aletargue y el cansancio te respiro por última vez porque contigo se muere y se revive cada que se duerme. La cantidad entera de sillones, el traslado hacia la vez que se paró el vagabundo y sugirió ese saludo tan amistoso. Te come constantemente, eres su delirio y nos ayudamos sólo sarcásticamente. Atávica exposición de pantera, con grietas en la piedra, inmóvil en medio de un jardín que tu sombra bloquea. Cambia, pero no te atrevas a la pérdida de sabor, un sentido que a veces se olvida de pedir adoración. No te preocupes, las manchas del olvido van a paliar pero el asombro cada vez parece estar menos garantizado. Agradezco. Me canso de la posición y te despidas sin faltar al abandono que existe en todo saludo.

10



LO QUE VIENE SIENDO

Santiago Hernández

Amanece, como cualquier día de la semana, y la rutina parece ser la misma. El calor y el sudor me acompañan en la caminata hacia la estación del metro. Afuera, una pareja se mira a los ojos y mientras ella sostiene su nueva rosa en la mano él dice en voz baja quizás por miedo a que le escuchen —todos los verbos y adjetivos que intenten describir lo que siente en ese momento.

La escalera de la entrada inigualablemente tiene algún vendedor que, por el precio unitario de diez pesos, anuncia cualquier cantidad de productos. Dos rastrillos, paletas heladas, dulces, audífonos, mallones.

La fila para comprar un boleto o abonar dinero a la tarjeta está llena. Ahí cabemos todos. Parece increíble que nuestro salvoconducto para recorrer la ciudad por debajo sea sólo de 5 pesos, pero aun así *el metro está caro*, menciona la familia que se forma delante de mí.

Al bajar las escaleras de la estación Coyoacán de la línea verde la tormenta se avisa. Por lo menos dos filas de personas ya esperan para poder montarse a la serpiente anaranjada —que ahora trae nombres de poetas y reconocidas figuras literarias de la nación— y así movernos en esto que llamamos Distrito Federal.

Se sube entre empujones y entre clásicas frases chilanas. Se sube entre los sudores de todos y los olores de todo tipo de perfumes. Si uno se encuentra en medio de la multitud, que pretende adentrarse al vagón del metro, no es necesario caminar sino simplemente dejarse llevar por la misma para entrar —evidentemente apretado— a la enorme culebra.

Arriba del vagón la cosa no cambia mucho, entre trovadores que cantan desde canciones del género vernáculo y lo que los amigos de mi padre llaman como “canciones nulas” hasta éxitos de Pearl Jam que pretenden colorear lo gris de nuestra rutina diaria. Lo mismo sucede con los ambulantes, que igual que en la escalera de la entrada, pero ahora con un tono característico, único y “cantadito” anuncian un sin fin de productos. *Son cuatro pastillas de propolio que alivian ese dolor de la garganta. Para después de comer de fumar y de beber* canta el hombre lo que parece ser el fármaco para curar el cáncer, cuando en realidad sólo son pastillas para aliviar la tos o yo que sé.

La mujer que tengo enfrente, sentada, jala al que parece ser su marido y mientras le pone la mano en su panza le dice *Ya ves, está dando pataditas. Va a ser futbolista*. Ambos sonríen. A mi derecha un joven se me queda viendo al bigote y a los pocos segundos le pregunta a su “cuate” *¿A ti te gusta usar bigote? Ya pasó de moda, ¿no?* Se ve gacho. Hago como si no hubiese escuchado nada y sigo agarrado el tubo metálico, que juega a ser el único equilibrio que tengo dentro de la infestada serpiente anaranjada.

Conforme seguimos avanzando sabemos que se acerca el infierno que Dante no esboza en su comedia divina, son las 2:30 de la tarde y estamos a una estación Balderas. Esa estación donde un héroe —ya anónimo— dio la vida por salvar a más personas de una balacera. El desenlace le quitó la suya. Aunque ya no quepa nadie, dentro del vagón, sabemos que todos tenemos que llegar a nuestro destino pronto y por consecuente la gente va a



seguir subiendo hasta reducir el espacio no sólo al mínimo, sino a inexistente.

Mis pies ya no tocan el suelo. Estoy en medio de dos personas y parece que levito al no poderme ni mover. Me encuentro como Ángel exterminador de Buñuel, sabiendo ya, que me es imposible salir de la fiesta que sucede en medio del metro.

Yo me bajo en Juárez, faltan algunos metros para llegar a la estación y estoy muy atrás en el vagón. Parece una misión imposible, parece una odisea poderme bajar de lo que parece un tablero de Risk lleno de muñequitos ya sin ningún espacio para colocar otro más.

Por alguna extraña razón en una de las personas en las que me estoy apoyando, y como un Virgilio improvisado, un hombre me pregunta; *¿Bajas en la siguiente? Agotado, ya sin voz, asiento con la cabeza y me dice lánzate atrás de mí, si no esto va a estar cabrón*. Se abren las puertas y como si saltara al campo del Estadio Azteca, el Virgilio del metro Juárez empieza a empujar y conforme camina, yo detrás de él, se asoma un haz de luz con el dibujo en blanco de Benito Juárez en un cartel verde. Es la estación, estamos afuera.

Agradezco al Virgilio y por si faltara poco me pide unas monedas para poder echar un taco. Reviso en mis bolsillos y entre los audífonos, ya hechos un trabalenguas, encuentro una moneda de cinco pesos, que bien puede ser un viaje de regreso y que de inmediato me remite a la infancia en la que esa misma moneda significaba una fortuna.

Al entregarle la moneda nos despedimos, para seguramente, no volvernos a ver. Al salir de la estación un olor a pollo rostizado me baña como agua de colonia, una señora vende paraguas para la lluvia que empieza a caer, un niño juega fútbol con una lata de refresco ya vacía. Es en el metro donde cabemos todos, pero vamos pocos. Sin espacio suficiente pero vamos. Es en el metro donde todos vamos dando pataditas al vientre de una serpiente color naranja en busca del nacimiento de (lo que viene siendo) un mejor mañana.

VIAJE

Rodrigo Martínez

Terminé de leer un viejo cuento que escribió Julio en 1974. ¿O lo escribió en 1973? No lo sé. Tal vez lo haya empezado a escribir en 1972 y lo haya terminado de escribir en 1973. También es probable que lo haya escrito alguien más y él se lo haya adueñado. Repito: no lo sé. El punto es que, en el cuento, el protagonista (a quien sería correcto llamarle “Julio”, aunque seamos redundantes) suele subirse a los vagones del metro de París a hacer algo que él llama “el Juego”.

El Juego consistía en un combate a ciegas que se realizaba sumergido en los reflejos que ofrecía el vagón del metro. A Julio le gustaba deambular por los vagones, buscando alguna mujer que le gustara. Si la encontraba, entonces se paraba cerca de ella y buscaba la mirada de su reflejo en la ventana del vagón. Si la mirada del reflejo se cruzaba con la mirada de Julio, entonces éste sonreía, y empezaba el Juego. Tras esto, Julio obtenía el indiscutible derecho de perseguir a la otra participante esperando que su combinación de trasbordo de estaciones fuera la misma que la que él había premeditado antes de comenzar a jugar. Si esta no coincidía, no había nada que pudiera hacerse: se perdían el uno al otro para siempre. Si la combinación, en cambio, era la misma, entonces Julio se veía obligado a dirigirle la primera palabra.

Eso sería un respetable resumen del Juego que Julio propone en “Manuscrito hallado en un bolsillo”, cuyo resto del relato no revelaré por respeto al lector de este texto. Sin embargo, déjeme hacerle una muy seria advertencia: uno no puede leer el anteriormente mencionado cuento de Julio sin sentir unas alucinantes ganas de levantarse del sofá, darle un último sorbo a la taza de té, e ir al metro.

Y así fue esa tarde de noviembre. Cerré mi *Octaedro* y me propuse salir a dar un paseo en metro, sin ninguna otra razón que poner en práctica la recién conocida diversión. No estaba del todo seguro, ya que me parecía algo injusto utilizar el metro para un fin que no fuera aquel para el que fue construido. ¿Qué sentiría el metro si se enterara de que yo no lo iba a usar para transportarme? ¿Se avergonzaría frente a los otros metros del mundo?

En fin, pensé que todo mundo debe ser egoísta de vez en cuando y abordé el metro en la estación de Miguel Ángel de Quevedo. Esto fue por la simple razón de que era la más cercana. Así que pagué los muy merecidos cinco pesos que cuesta la nueva tarifa de abordaje, pasé los torniquetes y esperé en el andén que va con dirección a Indios Verdes. Esto lo supe, claramente, por el enorme letrero que colgaba sobre mí.

Hasta ahora todo parecía normal. Había una pareja besándose junto a mí. Al final del andén había un grupo de señoras esperando subir al vagón del primer tren que llegara, y a los lados estaban tirados un par de vagabundos que pedían dinero o cigarrillos, lo que cayera primero.

Llegó el tren. Subí y noté que se encontraba peculiarmente vacío. *Mierda*, pensé.

Me dije que sería un mal inicio, pero que esto no significaba que también hubiera un mal final. Di un recorrido del principio al final del vagón sin llevarme sorpresa alguna. En la siguiente estación me cambié al vagón posterior y el estatus era básicamente el mismo. Me resigné y me senté. Ya sentado, observé a la gente. Pensé en la señora con facciones indígenas que estaba sentada a unos metros de mí. Su cara reflejaba esa ardua lucha que la clase proletaria lleva cabo todos los días en esta mierda de sociedad. Concluí que, en realidad, no me importaba, porque finalmente ella iba a morir, y al ente metafísico del proletariado esa muerte le importaba un carajo. Luego pensé que tal vez a ella tampoco le importaba su muerte porque, a lo mejor, ni siquiera pensaba en ella. Sólo pensaba en que iba a ir a tener que ganar dinero para mantener a sus hijos. El problema es que esto también era banal porque sus hijos finalmente se morirían también. Por esto no vale la pena existir, diría yo.

Me perdí en estos pensamientos y, sin darme cuenta, llegué hasta Indios Verdes. Es decir, llegué hasta la última estación de la línea. Simplemente trasbordé y ahora me encontraba en dirección a Universidad.

El vagón en el que me subí estuvo vacío hasta que llegamos a Balderas. En esta estación se llenó, a tal grado que tuve que levantarme para ofrecerle el lugar a una niña de 16 años que traía a su bebe en brazos. La muchedumbre me desplazó hasta el final del vagón, donde el olor que desprendía la gente era insoportable. Intenté aguantar la respiración hasta la estación de Centro Médico, y lo logré.

Llegando a Centro Médico el vagón quedó medio lleno, pero se llevó a cabo un cambio sorprendente. Por la puerta del vagón entro una mujer que medía 1.65, con el pelo de color castaño claro, lacio y hasta la cintura, con unas facciones que reflejaban una ascendencia de Europa del Este, una sonrisa casi inigualable y una mirada tan ingenua como atractiva. Tal vez la llamaría Paula.

Y entonces comenzó el Juego. Paula había entrado por la puerta del otro lado del vagón, es decir, se encontraba parada exactamente en el punto opuesto al que yo me encontraba. Decidí que en la siguiente estación debía bajarme del vagón y entrar por la misma puerta por lo que ella lo había hecho, para así participar de una mejor manera en la dinámica. Mantuve una actitud discreta, para que ella no me reconociera cuando entrara. Esperé, el tren se paró y ejecuté mi plan sin mayor dificultad.

Ella estaba de espaldas a la entrada, llevaba unas mallas negras, una falda azul y una camisa de esas que son medio transparentes. Cuando me acerqué para comenzar a buscar su mirada en el reflejo de la ventana que estaba frente a ella, Paula volteó. Me miró fijamente, y sonrió. Podría jurar que nuestras miradas se mantuvieron cruzadas durante la eternidad, pero probablemente



diariodeméxico

13

no fue así. En algún momento regresó a mirar a la ventana. Y yo me quedé ahí parado como un estúpido; como el tarado que lleva un ramo de flores a su enamorada y esta lo deja plantado bajo la lluvia.

Intenté volver al Juego, pero no pude. La mirada de Paula me había transportado a algún lugar muy lejano al vagón del metro. Me encontraba en un lugar donde la existencia no era efímera y el tiempo no representaba una cadena. Parecía como si todo el cosmos se hubiera concentrado en la mujer que tenía delante de mí. Como si todas las posibilidades se hubieran reducido a besarla y fundirme con ella en la infinitud de su belleza.

Oh, Paula, tal vez nunca deberías de haberme volteado a ver. Tal vez todo hubiera sido más sencillo si tú hubieras ignorado mi presencia. Tal vez no deberías de dejar que tu aura ocupe todo el lugar, ni que la belleza que irradias se escurra de tu piel cada vez que respiras. Tal vez todo hubiera sido más sencillo si no me hubieras visto. Tal vez, sólo si tú no fueras tan hermosa y yo tan idiota.

Y seguía derramado sobre las admiraciones que pensaba sobre tu manera tan sublime y perfecta de existir, cuando se desocupó uno de los asientos del vagón y tú fuiste a sentarte. Y volviste a voltear a verme, sabiendo que dentro de mi mente todo se estaba yendo al carajo. Sabías que una persona como yo siempre busca a una persona como tú. Y te divertía la dialéctica que nuestro encuentro proponía: una interacción de cazadora y fugado, o tal vez de repelente y repelido, yo qué sé.

Sonreías como esperando a que yo me acercara a hablarte, pero nunca entendiste que el Juego no funcionaba de esa manera. Que yo no funciono de esa manera. Que la vida no debería de funcionar de esa manera, coño. Y tal vez te decepcionaste de mí, pero es que yo te amaba y no podía simplemente ir y decírtelo. Ir y decirte algo como “Mira, Paula (y espero que no te moleste que te llame así), me llamo Rodrigo y desde que me sonreíste no dejo de pensar en que te amo”. La gente no suele hacer esto. Yo no vine para estas cosas, carajo.

Me miraste una última vez, todavía con esperanzas de que yo rompiera todas las reglas implícitas de este amor que era axiomáticamente imposible. Y en la siguiente estación (División del Norte, creo) empezó a entrar más gente. Y me seguías viendo. Y yo seguía pensando en lo absurdo que era todo y en las ganas que tenía de morir en ese momento. De salir y aventarme a las vías. De terminar con el jodido sinsentido.

La gente llenó el lugar. Ya no podía verte. Sólo alcanzaba a vislumbrar algunos mechones flotantes de pelo que imaginé eran tuyos. Podía sentir que tu belleza continuaba inundando el lugar, pero yo ya no era un espectador de ella.

Después de unos minutos, el tren finalmente llegó a la estación de Miguel Ángel de Quevedo. Tomé la decisión de que lo más prudente era bajar y dirigirme a casa. Así que ya no pude llevar a cabo el Juego como me lo había propuesto, Paula, pero al menos te vi, y te amé, y ya no te volveré a ver.



Interstellar Christopher Nolan Estados Unidos, 2014

Horacio Gallegos

La ciencia ficción ha estado presente en el cine desde sus inicios. En este género, la humanidad ha encontrado una herramienta invaluable para plasmar todas aquellas ideas sobre lo que podemos y queremos llegar a ser como habitantes del universo. Es bajo esta línea que Christopher Nolan presenta *Interstellar*.

Basada en el trabajo del renombrado astrofísico Kip Thorne, Christopher y Jonathan Nolan desarrollan una historia que, si bien parte de una sólida base científica, encuentra su punto más fuerte en los momentos en los que explora la complejidad emocional del ser humano.

Los efectos visuales de *Interstellar* son uno de los máximos logros en la filmografía de este director. La armonía entre efectos prácticos y CGI crea el ambiente ideal para explotar al máximo la calidad del elenco multiestelar con el que cuenta este proyecto.

Todas las actuaciones son sólidas y cumplen con creces en conectarnos con los personajes que vemos dentro de la pantalla. Matthew McConaughey nos demuestra una vez más que se encuentra en el camino correcto para consolidarse como uno de los mejores actores de esta década. En su personaje y en la relación que tiene con su hija (interpretada por una siempre sobresaliente Jessica Chastain) se sostiene la película.

El guión tiene algunos problemas, pues situaciones que hubieran potencializado la historia no son exploradas con la profundidad adecuada, mientras que existen otras que se sienten inconexas y predecibles.

Al final, *Interstellar* es una obra ambiciosa, que busca recordarnos la importancia de lo intangible, del asombro, de aquello que nos define como seres humanos. Es un espectáculo visual imperdible y un vehículo para reflexionar acerca de los límites que, como sociedad, nos hemos autoimpuesto. Esto último es lo más valioso porque, como dije en un principio, la ciencia ficción existe para que nunca perdamos de vista nuestro potencial.

Una canción llena la pantalla en la última escena. “*Sometimes love is not enough when the road gets tough.*” Se cierra un círculo y el *soundtrack* repite lo que ya dijo la administradora de una institución mental cerca del principio de *Mommy*, cuando Diane Després (Anne Dorval) saca de esta a su hijo Steve (Antoine-Olivier Pilon), un adolescente que sufre de una forma especialmente violenta de TDAH. Conocen a su vecina Kyla (Suzanne Clément), una maestra de preparatoria en su año sabático que ayuda a Steve a estudiar en casa. Pero los estallidos de violencia y gritos siguen ahí.

El enorme trabajo de sus actores es, sin duda, el punto más fuerte de *Mommy*. Madre e hijo llenan la pantalla de emoción y tensión sexual edípica para mostrar la volatilidad de la situación; Kyla, en su papel de maestra y amiga, se convierte a pesar de sus propios problemas en el ancla emocional del trío. Apoyándose en las excelentes actuaciones, Dolan transmite el amor que siente por sus personajes: consigue que la audiencia simpatice con un violento, cruel y racista cuasi sociópata de quince años. La solidez que aportan hace innecesario el *plot device* sobre la legislación canadiense del futuro, que se siente más como un intento de comentario social sin el que la película podría tener la misma fuerza emocional.

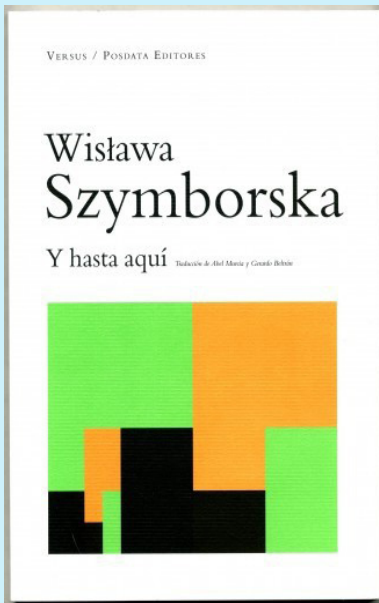
Todo está filmado en una relación de aspecto de 1:1 (sí, como video de Instagram), que puede sentirse extraño al principio pero queda completamente justificado cuando enmarca perfectamente *close ups* de caras y enfrentamientos. Y a veces la pantalla se abre. Se abre para mostrar montajes y escenas en cámara lenta dignos de un video de música, dándonos razones para tener esperanza. Pero nada de eso es real. La realidad está en la imagen cuadrada; en la desesperanza, la violencia, los *tabarnak!* y los intentos de suicidio.

Finalmente, ni la amistad ni el amor son suficientes para salvar a Steve de sí mismo.



Mommy Xavier Dolan Canada, 2014

Carlos Ruiz



Y hasta aquí
Wislawa Szymborska
Versus / Posdata, 2012

Pedro Sánchez Rodríguez

El último libro de poemas de la Nobel de Literatura de 1996, Wislawa Szymborska es *Y hasta aquí*. Es una antología póstuma de trece poemas donde conviven lo ridículo, lo paradójico y lo trágico. La poesía de Szymborska es poderosa por su ironía, por su claridad conceptual y su simpleza en el lenguaje. Sus poemas son trágicamente divertidos. Encuentra el espacio en el que conviven la rutina y lo absurdo, lo crudo y lo irónico, lo vivaz y el vacío.

Hoy tenemos trece poemas más de Wislawa Szymborska que sin duda deben ser leídos.

Reciprocidad

Hay catálogos de catálogos.
Hay poemas sobre poemas.
Hay obras de teatro sobre actores representadas por actores.
Cartas motivadas por cartas.
Palabras que sirven para explicar palabras.
Cerebros ocupados en estudiar el cerebro.
Hay tristezas contagiosas al igual que la risa.
Hay papeles que provienen de legajos de papeles.
Miradas vistas.
Casos declinados por caso.
Grandes ríos con gran participación de otros pequeños.

Bosques hasta sus bordes desbordados de bosque.
Máquinas destinadas a construir máquinas.
Sueños que de repente nos arrancan del sueño.
Salud necesaria para recuperar la salud.
Escaleras tan hacia abajo como hacia arriba.
Gafas para buscar gafas.
Inspiración y espiración de la respiración.
Y ojalá de vez en cuando odio al odio.
Porque a fin de cuentas lo que hay es ignorancia de la ignorancia y manos ocupadas en lavarse las manos.

15

Tassos Psaltidis

La cabeza de Villa
Pedro Salmerón
Editorial Planeta, 2013

No voy a negar que este fue un libro que compré por la curiosidad de saber qué era lo que mi profesor de historia de esa época, Pedro Salmerón, escribía en su primera novela. Después de leerla, me di cuenta de que podría haber sido una novela que habría leído por mero gusto, aunque no conociera al autor. *La cabeza de Villa* superó mis expectativas.

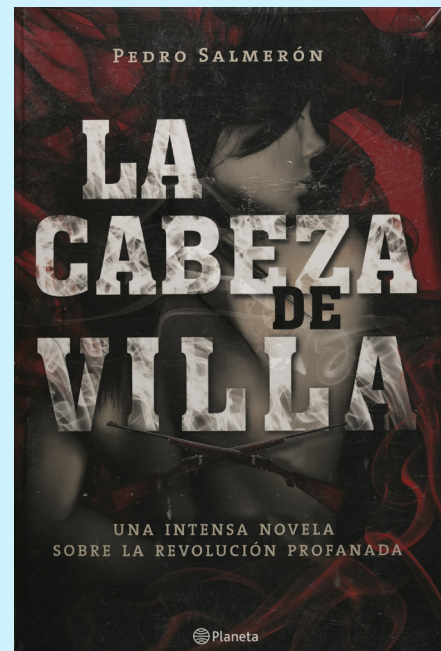
Su protagonista es María Eugenia, una ex quinceañera extraída de la alta sociedad mexicana de la época. Durante la noche de la triunfal entrada del ejército villista a la Ciudad de México, ella es robada, seducida, enamorada, secuestrada voluntariamente y, al poco tiempo, dejada por Rodolfo Fierro “El carnicero”, brazo derecho de Doroteo Arango, mejor conocido como Francisco “Pancho” Villa.

Tras la breve estancia de Fierro en la ciudad, María Eugenia es abandonada a merced de la mísera y devastadora lujuria de los hombres de guerra de la época, a quienes lo único que les faltaba por perder era la propia vida, en un país agonizante.

A través de los recuerdos y los sueños, la vida de María Eugenia nos describe al México posrevolucionario y a su política, una historia que de verdad pasó: un país que de verdad existió.

Cabe destacar que esta novela está cargada de escenas sexuales y de un lenguaje bajo, por lo que no es apta para personas de moral conservadora.

Para vivir es requisito leer a los grandes nombres de la literatura universal. Sin embargo, también vale la pena vivir a través de las páginas de los nombres que tenemos a nuestro alrededor, y más si escriben como Pedro Salmerón.



@TassosPsaltidis

THONA SEGUROS®



AGRADECEMOS A:



**THONA
SEGUROS®**

| **LOS ÚNICOS AL ALCANCE DE TODOS** |

Por apoyar esta publicación

**Thona apoya a los jóvenes
talento de México**

